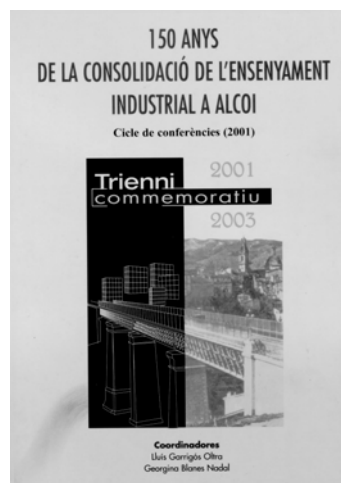


RESEÑAS

GEORGINA BLANES NADAL; LLUIS GARRIGÓS OLTRA; CARLOS MILLÁN VERDÚ; RAFAEL SEBASTIÁ ALCARAZ, *Orígenes de la enseñanza técnica en Alcoy*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2000, 408 pp.

LLUÍS GARRIGÓS OLTRA; GEORGINA BLANES NADAL (coords.), *150 anys de la consolidació de l'ensenyament industrial a Alcoi*, Valencia, Universitat Politècnica de València, 2001, 627 pp.

Desde el siglo XVI se venía planteando en Europa la conveniencia de la aproximación de dos mundos hasta entonces aparentemente incomunicados, el de las artes liberales y el de las artes mecánicas, o bien los saberes culto-librescos y los saberes prácticos. Estas realidades habían discurrido, según los inconformistas de la época, los Norman, Palissy, Rabelais, o Vives, al margen una de la otra. Uno de los máximos esfuerzos retóricos por hermanar estos saberes fue el de Francis Bacon, cuyas obras le convirtieron en el profeta de la ciencia útil así como de la Revolución Industrial. Los inventos, las elaboraciones técnicas o las manufacturas no debían ser un producto de la casualidad sino del método, del espíritu cooperativo y de la educación (ideal que inspira, además de otras obras su utopía *La nueva Atlántida*). Coincidió en estos presupuestos con un racionalista, R. Descartes, quien proyectó una gran escuela de artes y oficios. La transformación económica y social a través de la educación, donde destaca la enseñanza de materias científicas, impregna también el discurso filosófico y político del siglo XVIII. Aunque existen diversos precedentes de la convergencia ciencia-técnica en épocas anteriores (escuelas y cátedras de artillería y cosmografía), es en ese siglo cuando se produce un impulso significativo, por parte de autoridades locales y nacionales, de los centros cuyo cometido es el desarrollo de los aspectos técnicos, científicos y educativos comprometidos con la realidad económica de una región determinada. Así, en España, como se señala en las primeras páginas de los *Orígenes de la enseñanza técnica en Alcoy*, la mentalidad ilustrada se refleja en el establecimiento de las Sociedades Económicas o bien de las Juntas de Comercio, lugares en los que se abordan las cuestiones mencionadas. La unidad productivo-educativa del taller asociado al gremio se abandonaba, dando paso al complejo fabril como nuevo



sistema de organización apoyado externamente, a su vez, en una metodología docente homogénea y universal. Se indica como fecha relevante en esta obra la del 8 de junio de 1813, momento de promulgación del Decreto que otorgaba libertad a españoles y extranjeros para establecer fábricas y artefactos de cualquier clase. Si bien no fue definitivo, debido a derogaciones y reposiciones posteriores, sí señala una tendencia que se identifica con una situación económica y productiva diferente de la España del siglo XIX. Junto con estos cambios del entorno se abordó la renovación de las enseñanzas industriales y las relacionadas con la ingeniería, especialmente a partir de 1850. Alcoy se inserta en esta realidad como un caso excepcional de desarrollo industrial local, centrado en la papelería, cerillería y las hilaturas, en el que se plantean las cuestiones y necesidades propias de una comunidad vinculada con el complejo fabril. Aquí, en *Orígenes*, se describen con prolija minuciosidad los pormenores de la consolidación del sistema educativo, desde las primeras iniciativas asumidas por la Real Fábrica de Paños y Papel (materializadas en la creación en 1828 del Establecimiento Científico-Artístico, donde se enseña matemáticas, dibujo, mecánica, física y química) hasta la fundación, primero, de la Escuela Elemental Industrial (1855) y, posteriormente, de la Escuela de Artes y Oficios. Profesorado, material, programas, financiación y asistencia son los asuntos que centran la atención de los autores y sobre los que se construye la narración de la andadura de estos estudios hasta finales del siglo XIX.

Esta información se complementa con los textos que se reúnen en *150 anys de la consolidació de l'ensenyament industrial a Alcoi*, publicado un año después. Se agrupan en esta obra trabajos que, siguiendo el hilo argumental anterior (los problemas de las enseñanzas industriales), se refieren en algún caso al ámbito nacional, donde se enmarca el capítulo del conocido especialista y autor de diferentes estudios sobre las enseñanzas técnicas en España, J. Manuel Cano Pavón, de la Universidad de Málaga. Junto a éste se encuentran los que atienden a los problemas de las enseñanzas industriales en Vergara y en Barcelona (a partir de 1904, en este caso), o bien el que tiene que ver con la incorporación de una disciplina incluida entre las «ciencias aplicadas» (en concreto, la química aplicada) en la Real Sociedad de Amigos del País de Valencia. Completan el volumen diversos análisis de la realidad económica, industrial y educativa alcoyana.

Por medio de estos estudios se profundiza en las exigencias de unas transformaciones industriales que reclaman nuevos conocimientos para su desarrollo. Fenómeno que tiene lugar en toda Europa, como nos hace ver la acertada referencia del trabajo de I. Pellón, J. Llombart y M^a Cinta Caballer, quienes, al examinar el caso de las enseñanzas industriales en Vergara, presentan las prioridades dentro de este ámbito de Francia, Italia, Portugal, Alemania, Bélgica. Entre los nuevos conocimientos, que se integran poco a poco en los programas, se encuentran los procedentes de la ciencia, es decir, de la mecánica, de la física o de la química. En concreto, en relación con la última de las disciplinas, ya durante el siglo XVIII se había reclamado la separación de la química pura y de la aplicada. Especialmente interesante, para las industrias textiles o de ensayo de materiales, como puede imaginarse, las ramas aplicadas, aunque su relación precisa con las técnicas sea una cuestión de debate entre diversos autores de la época. Dejando a un lado las polémicas, en Valencia, en 1832, como muestran A. García Belmar y J. Bertomeu Sánchez, se estableció una cátedra de «química aplicada a las artes» asociada al Conservatorio de Artes y Oficios madrileño. Su existencia, como indican los autores, permitió la introducción de las novedades asociadas con esta disciplina, especialmente las que se produjeron en el ámbito experimental, donde los métodos puramente demostrativos propios del XVIII debían dejar paso a manipulaciones específicas en el laboratorio por parte de los estudiantes. Solamente las dificultades económicas impidieron una mayor profundización en el uso de las nuevas técnicas, a las que tuvieron acceso un número limitado de alumnos.

Pero además de los elementos teóricos, asimilados a través del sistema educativo, el complejo que constituye la tecnología contempla otros aspectos, que dependen de la financiación, de la de-

LIBROS

manda, del análisis de costes y beneficios y del acceso a las materias primas. Estos problemas pueden comprenderse a través de la lectura de los análisis concretos de la evolución de la industria textil o cerillera de Alcoy, o también revisando el comportamiento de la banca en esta misma localidad, posibilidad que permite la contribución de J. Cuevas, «El papel de la banca en la primera industrialización valenciana. El distrito industrial de Alcoi durante el siglo XIX».

Excelentes obras, en definitiva, para apreciar la emergencia de la industria, y especialmente de la educación industrial en España en un siglo, el XIX, en el que en Europa se producían transformaciones fundamentales en estos ámbitos.

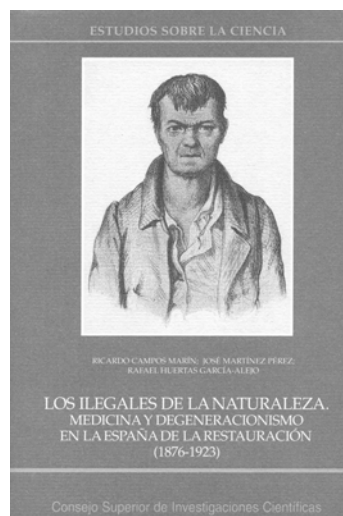
Víctor Guijarro Mora

RICARDO CAMPOS; JOSÉ MARTÍNEZ PÉREZ, RAFAEL HUERTAS, *Los ilegales de la naturaleza. Medicina y degeneracionismo en la España de la Restauración (1876-1923)*, Madrid, CSIC, 2000, 286 pp.

RAFAEL HUERTAS, *Organizar y persuadir. Estrategias profesionales y retóricas de legitimación de la medicina mental española (1875-1936)*, Madrid, Frenia, 2002, 234 pp.

Voy a presentar conjuntamente dos libros que me parece serán especialmente útiles para los historiadores de la medicina y de la ciencia, pues nos ofrecen, en su conjunto, lo investigado hasta ahora sobre dos aspectos esenciales, por sus consecuencias sobre la medicina y la profesión médica y psiquiátrica: el análisis de cómo se asimiló y funcionó la idea de «degeneración» en España, con sus repercusiones en diversos aspectos médicos y jurídicos, por un lado, y el fenómeno del surgimiento y desarrollo de una profesión dentro de la profesión, la creación de la especialidad psiquiátrica con todos sus avatares particulares.

La primera obra está firmada por tres investigadores ampliamente conocidos por sus trabajos previos sobre la materia, José Martínez, Rafael Huertas y Ricardo Campos. Los tres han realizado estudios sobre el degeneracionismo y sus relaciones con la medicina en sus aspectos más cruciales, psiquiatría, medicina legal, criminología y medicina social. En primer lugar, tratan de establecer las características del degeneracionismo, en principio francés, puesto que la influencia de las ideas de Morel primero y de Magnan después fueron esenciales para determinarlo. Después, analizan las formas de ese degeneracionismo en España y cómo fue asumido e incluso utilizado por la medicina y la clínica, y los aspectos o corrientes que mejor se adaptaron. La relación entre la concepción degeneracionista y la forma de analizar, interpretar y determinar la criminalidad que realiza el discurso médico es un aspecto esencial de la influencia que tuvo la idea de degeneración en los aspectos prácticos. Se analiza aquí el proceso de construcción de un modelo médico del



crimen y las relaciones entre medicina y justicia en ese territorio disputado y ambiguo que se crea entre ambas gracias a la medicalización y patologización del crimen que pasaba, justamente, por la idea de degeneración. Los criminales eran degenerados, por lo tanto pertenecían a uno y otro campo, a la medicina por degenerados, a la justicia por criminales. Ese es el filo de la fricción. Se analizan en profundidad todos los argumentos e ideas psiquiátricas en torno a cómo integrar al criminal en este terreno médico, utilizando un sólido e importante material y un excelente análisis que aborda todos los aspectos esenciales de la elaboración del modelo médico de criminalidad.

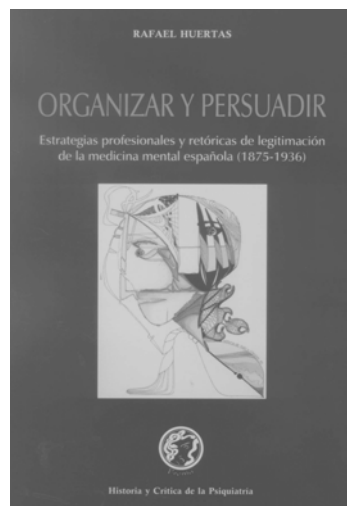
El Capítulo tercero se dedica a otro aspecto esencial en el que tiene importantes repercusiones la idea de degeneración, el problema de los niños. Niños anormales, niños callejeros, mendigos, niños golfos. Dentro del gran movimiento de reforma social que se gestó en el XIX, bajo el amplio manto protector de la Higiene Social, de la prevención y de la Medicina Social se insertan las búsquedas, clasificaciones y exclusiones que deben estar en la base de esa reforma social que intentará, además, prevenir delitos, miserias y, en definitiva, por encima de todo, la degeneración con todas sus consecuencias. En este capítulo se nos presentan las diversidades de enfoque de los niños, desde los llamados golfos o pequeños delincuentes callejeros hasta los niños mentalmente anormales. Podemos ver aquí que en España no parece que se llegue a desarrollar una construcción teórica que resultó muy útil como arma de exclusión en países como Estados Unidos y Gran Bretaña, el «débil mental», el «moron», en definitiva el «borderline» que tantas posibilidades abre para clasificar individuos marginales. El libro aborda también la cuestión

de la degeneración y sus efectos sobre la «raza», en su concepción de pueblo o nación. La Medicina Social comienza a tomar fuerza, a defender la importancia de la dirección política por parte de profesionales, y en gran parte de los médicos, que eran quienes conocían bien la realidad social y los problemas de la decadencia de la raza. Veremos aquí la trayectoria de la Medicina Social intentando luchar por sus ideas y su institucionalización. Termina esta obra con un interesante capítulo sobre las metáforas socio-políticas de la degeneración. Sobre esa tremenda influencia del pensamiento filosófico y sociológico cargado de ciencia y de biología que desde Comte, Spencer y el evolucionismo impregnó las teorías sobre la sociedad, su funcionamiento, sus males y sus posibles remedios.

Es, pues, un libro interesante pues pone al día los conocimientos actuales sobre ese triunfante y en el fondo extraño concepto de degeneración, que tan útil resultó para especular sobre masas de población consideradas «no normales» en lugar de víctimas de una situación, y sus implicaciones en España.

El otro libro que comentamos, *Organizar y persuadir*, está dedicado a la constitución de la profesión y la especialidad psiquiátrica en España. El autor tiene un amplio conocimiento sobre el tema, que ha trabajado a lo largo de los años, y que le permite aportarnos, no sólo la información sino la reflexión madura sobre el problema.

A lo largo de este libro podemos recorrer las vicisitudes, las actividades y las luchas de quienes querían establecer una medicina mental. Desde un principio es necesario, no sólo levantar establecimientos adecuados, sino explicar y convencer a la gente de la existencia de la enfermedad mental y de la posibilidad y necesidad de su tratamiento. La construcción de la profesión implicaba también el crear la propia especialidad, que no existía dentro de la enseñanza de la medicina, y el de-



LIBROS

mostrar la existencia de la propia enfermedad así como los medios —instituciones, medios económicos— y unos profesionales formados para atender este tipo tan especial de enfermedad, aunque enfermedad al fin, similar a cualquier otra en cuanto a su necesidad de tratamiento médico. El libro se extiende a lo largo del proceso y nos va exponiendo su complejidad dentro de situaciones político sociales concretas, las españolas. El proceso de formación de una profesión, con las características diferenciales que pueden observarse en Cataluña, impulsora de los procesos asociativos, esenciales para las luchas de los psiquiatras en todos los terrenos; de la higiene mental, de la demanda de instituciones adecuadas, de las luchas por una adecuada legislación, de la búsqueda de una escuela de formación de psiquiatras y personal auxiliar, de cátedras y por lo tanto de enseñanza de la psiquiatría. En definitiva, el libro, fruto de un sólido conocimiento y una profunda reflexión de Rafael Huertas, gran experto en estos temas, nos brinda una puesta al día y el conocimiento de cómo se desarrolló el proceso de formación de la psiquiatría en nuestro país.

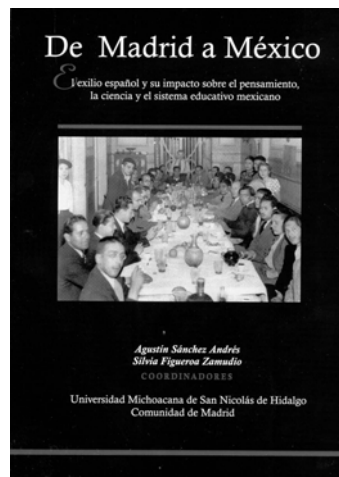
Ambos libros, como ya digo, imprescindibles, espero servirán de punto de partida de una continua labor que nos aclare cada vez más en profundidad los procesos y las ideas psiquiátricas que se utilizaban, pero también la realidad práctica de esa psiquiatría. Bien editados ambos —el primero en Estudios sobre la Ciencia del CSIC—, queremos señalar la aparición del libro de Huertas como un primer volumen de una línea de libros integrada en el proyecto de la revista *Frenia* de historia de la psiquiatría, que debemos saludar y desearle suerte en su producción futura.

Raquel Álvarez Peláez

AGUSTÍN SÁNCHEZ ANDRÉS; SILVIA FIGUEROA ZAMUDIO (coords.), *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, México-Madrid, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Comunidad de Madrid, 2001, 391 pp.

Hay capítulos de la historia que son valiosos no sólo por contener ciertas claves fundamentales para comprender el rumbo que tomaron los acontecimientos, sino también porque constituyen puntos críticos que ponen en evidencia aspectos de nuestro pasado difíciles de desentrañar en situaciones normales. El destierro en México de los científicos e intelectuales españoles republicanos al finalizar la guerra civil —la materia del libro que reseñamos— es buena prueba de ello, ya que su estudio nos ofrece una interesante perspectiva para analizar el extraordinario avance científico-cultural que se estaba experimentando en España en los años previos a la dictadura franquista, y la decidida apuesta del gobierno de Cárdenas por un progreso para el país sustentado en el conocimiento científico y en la apertura cultural.

Los nueve capítulos que constituyen la presente obra, realizados por diversos investigadores españoles y mexicanos, recorren aspectos diversos de la vida y actividad profesional



de una parte destacable de los refugiados españoles en México, en particular de aquéllos que, de un modo o de otro, tuvieron relación con Madrid. La variedad de temas tratados y la coherencia en su selección, garantizada por la buena labor de sus coordinadores, Agustín Sánchez y Silvia Figueroa, dan como resultado un estudio consistente y plural sobre el exilio republicano, en el que la ciencia ocupa un espacio considerable, como sin duda se merece.

El libro se abre con un artículo de Tomás Pérez Viejo titulado «España en el imaginario mexicano: el choque del exilio», que analiza el conflicto generado por el reencuentro de dos culturas, la española y la mexicana, tan ligadas como confrontadas históricamente. Efectivamente, no todos los mexicanos compartieron en un primer momento el incondicional apoyo mostrado por el gobierno de Cárdenas, ni todas las críticas provinieron, como podría parecer, de los sectores más conservadores. El autor va desentrañando este complejo escenario, valiéndose principalmente del estudio de la prensa de la época.

Los tres artículos que siguen se centran en diferentes aspectos de la ciencia española en el exilio. En el primero, Miguel Ángel Puig-Samper ofrece un estudio de los diez primeros años de la revista *Ciencia*, preciosa memoria de las actividades científicas emprendidas por los exiliados y eficaz órgano de promoción de pensamiento científico en Latinoamérica, en un trabajo que lleva el título «La revista *Ciencia* y las primeras actividades de los científicos españoles en el exilio». En el siguiente artículo, titulado «La Genética española en el exilio y su repercusión en la ciencia mexicana», su autora Susana Pinar sigue el rastro de los científicos españoles que dedicaron parte de su quehacer en México a la genética, tales como el zoólogo Federico Bonet, el ingeniero agrónomo José Luis de la Loma y Oteyza, el hidrobiólogo Bibiano Fernández Osorio-Tafall, el veterinario Félix Gordon Ordás, etc. En el tercer artículo de esta serie, Salvador Sánchez Carrillo ofrece una síntesis bien escrita de la contribución de los refugiados al conocimiento de la Biología marina, tanto en España como en México («Los oceanógrafos españoles en el exilio: la familia De Buen y sus aportaciones a la ciencia española y mexicana»).

Otros capítulos del libro se detienen en un aspecto de la contribución de los refugiados no menos esencial: el educativo. En «Los que despertaron vocaciones y levantaron pasiones. Los colegios del exilio en la Ciudad de México», su autora Beatriz Morán de Gortari repasa con gran detalle los centros de enseñanza creados por los exiliados republicanos en la capital mexicana: el Instituto Luis Vives (1939), el Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón (1939), la Academia Hispano-Mexicana (1940) y el Colegio Madrid (1941). Resulta interesante comprobar cómo estas escuelas transmitieron diferentes tipos de educación, en función de la ideología del grupo del exilio que se ocupaba de su funcionamiento; en ocasiones incluso emergieron algunos de los conflictos que existían entre las principales posturas ideológicas de los refugiados. En general recibieron el apoyo del gobierno cardenista y desarrollaron una labor educativa muy avanzada para su tiempo. El otro artículo es obra de Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio («Una utopía educativa: la Escuela España-México») y se centra en la Escuela España-México, creada en 1937 en Morelia y que albergó en régimen de internado a los «niños de Morelia», que llegaron al puerto de Veracruz el 7 de junio de 1937. Por cierto, cabe rendir un sentido homenaje a la maestra Dorotea Pascual, que acompañó a estos tempranos exiliados en su viaje transoceánico, fallecida el pasado 21 de agosto en Ciudad de México.

Los tres últimos artículos completan este preciso cuadro del exilio, introduciendo otros temas fundamentales para comprender el papel cultural desempeñado por los refugiados. Así, con el título «Las voces del exilio español en Morelia. Científicos y humanistas en la Universidad Michoacana», Gerardo Sánchez Díaz plantea el estudio de la contribución de los intelectuales españoles al desarrollo cultural en provincias, aspecto poco conocido, centrando su análisis en el caso de Morelia, ciudad que dio cobijo a numerosos refugiados, bien integrándolos en calidad de docentes en su

LIBROS

universidad, bien cediéndoles un valioso espacio para que impartieran cursos específicos, seminarios y conferencias. Por una vía o por otra, dejaron su huella en tierras michoacanas filósofos de la talla de José Gaos, Adolfo Sánchez Vázquez, Eduardo Nicol, Juan David García Bacca, Eugenio Ímaz, Juan Roura y María Zambrano, los biólogos Fernando de Buen y Carlos Velo, los médicos Gonzalo R. Lafora e Isaac Costero, el farmacéutico Antonio Madinaveitia, los químicos José Giral y Juan Xirau, el físico Pedro Carrasco, etc. Por otra parte, José Manuel Quesada López ofrece un denso estudio sobre la vida y contribución científica del arqueólogo español Pedro Bosch-Gimpera, que constituye un buen ejemplo de investigador que debió abandonar su patria cuando gozaba ya de un gran prestigio, y que desarrolló en el extranjero una labor científica y docente no menos valiosa («Pedro Bosch-Gimpera. La arqueología española en el exilio mexicano»). Cierra la obra una reflexión de Enrique Baena sobre las principales contribuciones de los exiliados en el ámbito de la poesía y de la filosofía, en la que valora de qué modo el drama del destierro se deja sentir en las búsquedas y en las producciones literarias de los intelectuales expatriados («Mito y poesía del exiliado español en México»).

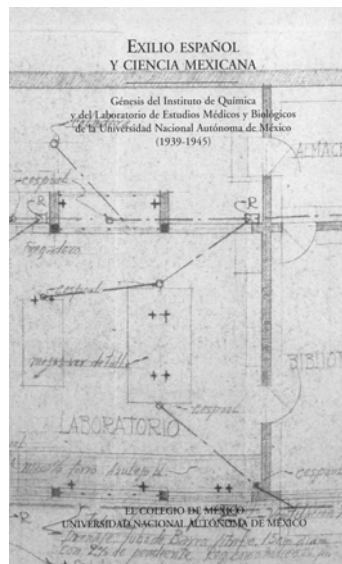
En definitiva, se trata de una obra esencial para comprender el exilio republicano español en México, ya que ofrece una visión plural y a menudo original de algunos de sus aspectos primordiales, en especial los que se refieren al pensamiento, a la ciencia y a la educación, al tiempo que descubre nuevos horizontes para avanzar en el conocimiento de uno de los capítulos más complejos de nuestra historia reciente, que es también la de Latinoamérica. Pues como señala Blas Matamor, director de *Cuadernos Hispanoamericanos*, en el excelente prólogo del libro, «el exilio es hoy parte de la historia mexicana y México, parte de la historia española».

Francisco Javier Dosil Mancilla

ALBERTO ENRÍQUEZ PEREA (comp.), *Exilio español y ciencia mexicana. Génesis del Instituto de Química y del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos de la Universidad Nacional Autónoma de México (1939-1945)*, México, El Colegio de México/ UNAM, 2000, 351 pp.

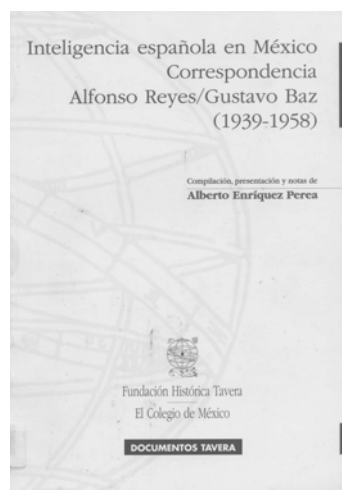
ALBERTO ENRÍQUEZ PEREA (comp.), *Inteligencia española en México. Correspondencia Alfonso Reyes-Gustavo Baz (1939-1958)*, Madrid, Fundación Histórica Tavera/El Colegio de México, 2001, 179 pp.

El género epistolar se ofrece a menudo como valioso instrumento, cuando no fundamental, para desentrañar la historia y reconocer, sin escamoteos de su complejidad, los motores y los obstáculos que determinaron su devenir. Así lo confirman, en lo que al exilio republicano se refiere, los dos libros que son objeto de la presente reseña. En el medio millar de páginas que suman, el lector encontrará la excep-



cional oportunidad de acceder directamente a los testimonios de algunos de los principales protagonistas del exilio republicano en México, principalmente los de aquellos que, desde este país, tejieron el marco institucional y académico que tendió a los expatriados españoles un espacio en el que asentar sus vidas y reanudar sus actividades tanto científicas como académicas.

Entre ambas obras se recogen más de trescientas cartas que forman parte, casi en su totalidad, del valioso acervo documental del Archivo de El Colegio de México, institución que, como bien señala Ignacio González Casasnovas, presidente de la Fundación Histórica Tavera, en la presentación de *Inteligencia española en México*, representa «el centro de un imaginario panóptico desde el que examinar, no ya sólo la totalidad del exilio republicano en México —sin duda el país donde más amplitud e institucionalización alcanzó—, sino también el desarrollo y las características del mismo proceso en otros ámbitos». Esta circunstancia, y el papel central que dicho centro ha venido desempeñando en la cultura mexicana en su más de medio siglo de existencia, lo han hecho merecedor, conviene recordarlo, del prestigioso Premio Príncipe de Asturias, 2001, en Ciencias Sociales.



Muchas son las voces del exilio y de la intelectualidad mexicana que encuentran su espacio en estos valiosos testimonios, cuyo epicentro recae, como cabía esperar, en la figura de Alfonso Reyes, intelectual preclaro y de incalculable peso específico en la cultura latinoamericana contemporánea, además de promotor y eficaz catalizador del auxilio a los expatriados españoles, desde la presidencia del Patronato de La Casa de España en México (desde 1940, El Colegio de México).

En *Inteligencia española en México* se recoge la correspondencia intercambiada entre Alfonso Reyes y Gustavo Baz, quien fue rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) durante un período clave para el exilio —desde junio de 1938 hasta finales de noviembre de 1940—, y que posteriormente siguió buscando y sirviendo apoyos económicos a los expatriados desde la Secretaría de Salubridad y Asistencia y desde otras instituciones públicas. La obra recoge un total de 106 cartas, que abarcan desde abril de 1939 hasta agosto de 1958, aunque la mayor parte —casi un 90%— corresponden a 1939 y 1940, que son los años de mayor urgencia en la aten-

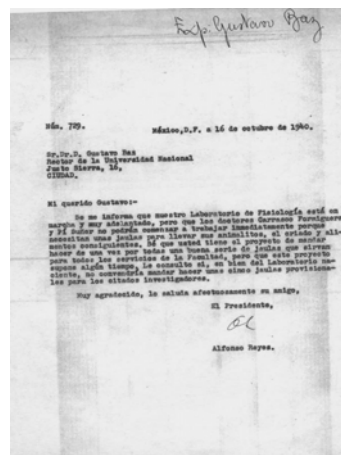
ción a los expatriados y en la canalización de sus actividades profesionales. Las cartas revelan el encomiable esfuerzo de ambos intelectuales por coordinar la colaboración entre La Casa de España y la UNAM del modo más eficiente y provechoso, tanto para los exiliados españoles, en función de sus posibilidades particulares, como para México, procurando atender las necesidades y las prioridades del país, en un momento crucial de su historia en el que se estaban experimentando vías alternativas de desarrollo. Entre las medidas que se concertaron entre ambas instituciones, y que se detallan en la correspondencia, merecen destacarse aquellas que se relacionan con el diseño, equipamiento y mantenimiento del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos (hoy Instituto de Investigaciones Biomédicas) y del Instituto de Química, y con la incorporación de diversos profesores españoles al ámbito académico de México. Otro aspecto que permite rastrear con eficacia el intercambio epistolar Reyes-Baz se refiere a las expectativas que se crearon en torno a los expatriados para el impulso cultural y científico de centros educativos de provincias, mediante la impartición de cursos, conferencias y seminarios, o mediante su incorporación a universidades como la de Michoacán, San Luis Potosí, Guadalajara, Guanajuato, Puebla o Nuevo León. Además, en la correspondencia aparecen datos de la vida personal y académica de no pocos intelectuales y científ-

LIBROS

cos exiliados, como Antonio Madinaveitia, José y Francisco Giral, Manuel Márquez, Manuel Rivas Cherif, Isaac Costero, Jaime Pi Suñer, Gonzalo R. Lafora, Rosendo Carrasco Formiguera, José Gaos, María Zambrano, Agustín Millares Carlo, José Medina Echaverría, José Moreno Villa, etc., que permiten comprender ciertos aspectos de su actividad laboral en el exilio y de sus relaciones con profesionales mexicanos.

Si la correspondencia entre Baz y Reyes nos permite penetrar en las iniciativas personales e institucionales que se generaron en el marco del exilio republicano español y esbozar el escenario político y cultural en que éste se llevó a cabo, las cartas seleccionadas y recogidas en el libro *Exilio español y ciencia mexicana* abren un camino para adentrarnos, de la mano de sus principales artífices, en dos de los proyectos científicos mexicanos más sólidos y fecundos que involucraron a investigadores españoles: el Instituto de Química de la Facultad de Ciencias de la UNAM y el Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos. La obra está dividida en dos partes, que recogen por separado la correspondencia que se refiere a cada uno de estos centros de investigación. En la primera parte, referida al Instituto de Química, el núcleo de la correspondencia lo conforman las cartas intercambiadas entre Alfonso Reyes, el químico mexicano Fernando Orozco Díaz y el farmacéutico madrileño Antonio Madinaveitia Tabuyo. Esto es lógico, si tenemos en cuenta que Fernando Orozco era el director de la Escuela Nacional de Ciencias Químicas (la actual Facultad de Química) y a la sazón también del Instituto de Química, y que Antonio Madinaveitia estuvo entre los fundadores del Instituto y fue probablemente su investigador más destacado, ejerciendo además un magisterio, en calidad de jefe de investigación, que germinó en una nueva generación de científicos que, en palabras del químico Francisco Giral, «ha sido la impulsora de la investigación química de alto nivel en México» (*Ciencia española en el exilio*, Madrid, Anthropos, 1994, p. 315). La segunda parte se refiere a la creación y mantenimiento del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos, centro fundado en el viejo edificio de la Facultad de Medicina por diversos médicos españoles, con el auspicio de La Casa de España, El Colegio de México y de la UNAM. En este caso, los principales protagonistas del intercambio epistolar son, además de Alfonso Reyes y Gustavo Baz (representantes de las instituciones patrocinadoras), el fisiólogo catalán Jaime Pi Suñer, cofundador del Laboratorio, e Ignacio González Guzmán, prestigioso hematólogo mexicano que se hizo cargo de la dirección de dicho centro de investigación. Por las páginas del libro desfilan también otros personajes, como los médicos españoles Rosendo Carrasco Formiguera, Dionisio Nieto, Gonzalo R. Lafora, etc., y sus colegas mexicanos José Torres Torija, Francisco Guerra Pérez Carral, Enrique Arreguín, Ignacio Chávez..., el químico Francisco Giral, el arquitecto Carlos Obregón, el empresario Carlos Prieto, además de diversas personalidades de la diplomacia mexicana.

Por lo dicho, puede entenderse que ambas obras, lejos de solaparse, ofrecen enfoques que se complementan y que a menudo permiten fructíferas interrelaciones. No obstante, si debemos concretar el espacio que se abre con cada estudio, aun a riesgo de simplificar, podemos decir que *Inteligencia española* ahonda en la esfera político-cultural en que se desarrolla el exilio, insistiendo en las iniciativas institucionales y en la política de integración de los exiliados, mientras que *Exilio español y Ciencia mexicana* penetra en diversos aspectos del exilio científico, en particular los que se refieren a las áreas química y biomédica, en las que la orientación marcada por los investigado-

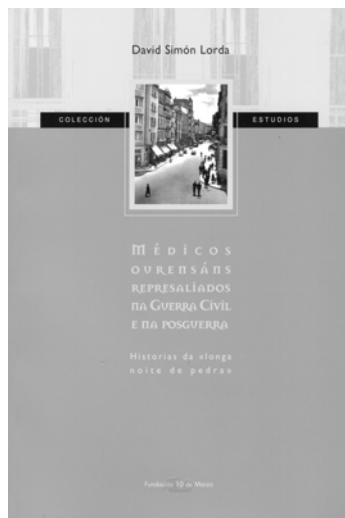


LIBROS

res españoles ha influido notablemente hasta nuestros días. La correspondencia se completa, en ambas obras, con diversos anexos formados por informes de juntas oficiales, currícula de médicos, programas de cursos y conferencias, notas sobre los avances de las investigaciones..., con fotografías cuidadosamente seleccionadas y con un oportuno índice onomástico. En este sentido hay que destacar la excelente labor desarrollada por Alberto Enríquez Perea, director del archivo de El Colegio de México y buen conocedor del exilio republicano, tanto en la cuidadosa selección de los materiales como en las notas aclaratorias que acompañan las cartas, muy precisas y que aportan datos originales muy valiosos. En definitiva, dos nuevas obras sobre el exilio que trazan un interesante itinerario que nos permite avanzar en el conocimiento de los exiliados españoles y en su meritoria contribución a la ciencia latinoamericana.

Fco. Javier Dosil Mancilla

DAVID SIMÓN LORDA, *Médicos ourensáns represaliados na Guerra Civil e na Posguerra. Historias da «longa noite de pedra»*, Santiago de Compostela, Fundación 10 de Marzo, 2002, 181 pp.



Longa noite de pedra es el título de un maravilloso libro de poemas de Celso Emilio Ferreiro, publicado en 1962, y que constituye una de las obras fundamentales de la poesía social de la Galicia de posguerra. David Simón Lorda demuestra una exquisita sensibilidad al inspirarse en este poeta gallego y subtitular *Historias da longa noite de pedra* su libro sobre médicos ourensanos represaliados durante la guerra civil española y la inmediata posguerra. Según el propio autor, la monografía que nos ocupa comenzó más como una curiosidad, como una inquietud intelectual, que como un proyecto de investigación bien definido, para poco a poco ir convirtiéndose en un trabajo cada vez más amplio que, con seguridad, ha exigido muchas horas de dedicación en archivos y bibliotecas. Pero junto a una ingente labor heurística, en la que se hace gala de una depurada metodología en la recopilación de fuentes escritas y orales, se nota a lo largo de sus páginas, el compromiso que David Simón adquiere y afronta con sus viejos colegas médicos represaliados, con sus familias, víctimas directas o indirectas de la barbarie de la guerra y, en definitiva, con la memoria histórica de un pueblo.

El autor saca a la luz una extensa nómina de médicos represaliados, ofreciendo datos biográficos y profesionales, filiaciones políticas, tipo de represión sufrida, etc. Hay que tener en cuenta que Orense es, desde el principio de la guerra «zona nacional», de modo que la represión política comienza en el mismo momento de la rebelión militar contra la República; una represión política que se desarrolla en la retaguardia, en una provincia que permanece lejos del frente y donde no llegan ni prisioneros, ni refugiados. Por eso, y aunque la represión se manifestó en todas sus variantes —las

LIBROS

más violentas y las más sutiles—, es de gran interés el relato que David Simón nos hace de esas vías silenciosas, burocráticas, de depuración e inhabilitación de un gran número de profesionales de la salud con ejercicio en Orense. Una represión poco vistosa pero enormemente efectiva, que buscó el control absoluto de la sociedad civil, que supuso la demolición de los elementos organizativos de la convivencia democrática y que, en el caso de los médicos, se desarrolló en dos escenarios institucionales concretos: el Hospital Provincial y el Colegio de Médicos.

David Simón obtiene información en archivos públicos (el Archivo Clínico del Hospital Santa María Nai, el de la Diputación Provincial, el Municipal y el Archivo Histórico Provincial de Orense) y particulares, de médicos o familiares que han colaborado con el autor con sus papeles y con sus recuerdos. El libro se cierra con un apéndice documental en el que se reproducen fotografías, folletos de propaganda antifascista y, de manera especial, actas de consejos de guerra, oficios, certificados, etc., que ilustran muy bien esa burocracia de la represión a la que antes aludíamos.

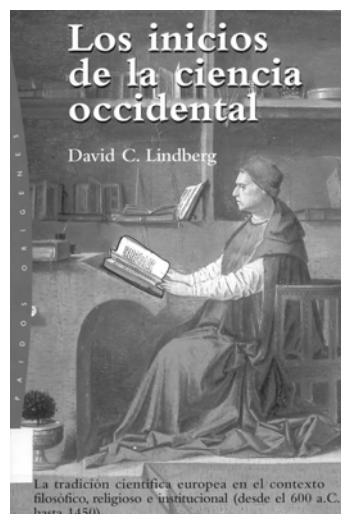
Estamos, pues, ante una aportación de «historia local» que contribuye a crear conciencia histórica general, que rehabilita la memoria de los represaliados mediante un acercamiento riguroso y científico a la realidad de aquella «larga noche de piedra» y que demuestra, una vez más, cómo el ejercicio profesional de la medicina está sujeto a los más diversos avatares sociales y políticos.

Rafael Huertas

D. C. LINDBERG, *Los inicios de la ciencia occidental*, Barcelona, Paidós, 2002, 530 pp.

Dada la escasez de buenos libros de historia de la ciencia traducidos al castellano, como poco en los últimos quince años, hay que saludar doblemente la aparición de *Los inicios de la ciencia occidental*, obra considerable tanto por su calidad como por su tamaño. En este terreno (no así en otros campos de la cultura) la edición española, pues, dista mucho de la media europea.

De hecho, no fue publicada en España la excelente recopilación dirigida por Lindberg, *Science in the Middle Ages* (Chicago, Chicago Univ., 1978), que ha sido referencia sobre el mundo científico-medieval durante muchos años y que, además, era el testimonio de una época muy abierta a las discusiones teóricas: no hay más que revisar las valoraciones de sus diversos autores sobre el papel de las enciclopedias o sobre el conglomerado mágico de finales del Medievo. Tampoco lo fue el valioso libro colectivo, que coeditó este autor con R. S. Westman, *Reappraisals of the Scientific Revolution* (Cambridge, Cambridge Univ., 1990), cuya orientación era algo más conservadora, pero que resumía las posiciones recientes, más encapsuladas, del mundo anglosajón. En realidad, nada se ha impreso aquí de Lindberg, buen especialista en ciencia premoderna, que se había iniciado con sus trabajos sobre la visión desde los árabes, en 1967, culminando con su monografía *Theories of Vision from Al-Kindi to Kepler* (Chicago, Chicago Univ., 1976), y luego con sus *Studies in the History of Medieval Optics* (Londres, Variorum, 1983).



Pues bien, *Los inicios de la ciencia occidental* es un libro claro, bastante puesto al día (el original, también de la Chicago University, data de 1992, aunque su idea se remonta a un lustro anterior), y está dedicado a dos grandes historiadores de la ciencia medieval: Marshall Clagett y Edward Grant. Su recorrido es muy vasto; va desde el año 600, antes de nuestra era, hasta mediados del siglo XV; y además se plantea expresamente, según dice el subtítulo, analizar la tradición científica europea en su «contexto filosófico, religioso e institucional». Todo ello nos indica su carácter introductorio, aunque eso sí realizado por alguien con muchos decenios de investigación, nunca interrumpidos, en dicho terreno.

Desde este punto de vista —dados, por tanto, su formación y su dedicatoria—, no extraña que la parte más articulada y extensa sea la que recorre el Medievo. Sin embargo, parece una gran limitación, pues menos de la mitad del libro está dedicado a Grecia, y además su discusión procede según el orden filosófico, en vez de tener una disposición temática. Así, su segundo capítulo (tras una introducción general) aborda el cosmos presocrático y platónico; el tercero está centrado en el Estagirita, como biólogo y estudioso del movimiento. Y, tras emplear unas pocas páginas a la visión helenista del mundo, dedica un apartado a la matemática, astronomía y óptica (cap. V), y otro a la medicina antigua. En conjunto, resulta escaso, si tenemos en cuenta, como poco, que cada uno de estos últimos tramos ocupan el mismo número de páginas que las dedicadas a la ciencia romana y altomedieval (cap. VII). Pero hay que tener en cuenta que Lindberg intentaba hacer una síntesis útil, casi un libro de texto, cuyas referencias eran el libro de G. Lloyd sobre Grecia (no vertido al castellano), y el famoso de A. Crombie sobre la Edad Media.

Dada su perspectiva «medievalizante», en la tradición más genuinamente anglosajona, sorprende menos que las doscientas cincuenta páginas restantes de su libro, que incluyen un brevísimo balance del saber natural en lengua árabe, estén dedicadas al humus científico de una Europa en ciernes. Se centra ahora en las reformas de la enseñanza europea, desde la época carolina hasta las nuevas Academias, en la recuperación medieval griega, en la cosmología del Medievo, en la Física (como era ante todo esperable), y bastante menos en la Medicina y la Historia natural. El libro concluye con un debate: prolonga sus tesis sobre el continuismo de la ciencia medieval, que había adelantado en su «Conceptions of the Scientific Revolution» (de *Reappraisals of the Scientific Revolution*), lejos eso sí de los excesos, tan evidentes, de Crombie. Para Lindberg, el análisis de los trabajos del Medievo, en los estudios físicos, desde luego, aunque también en los astronómicos, médicos y alquímicos, no debe hacerse rebajando ni manipulando los logros decisivos de los siglos XVI y XVII.

Hay que advertir finalmente que, en una bibliografía de cuarenta páginas, no aparece ningún autor francés, salvo Duhem, Gilson o Gimpel (y un artículo de Beaujouan), y que, por citar un ejemplo significativo Lindberg se remite a un sobrepasado Lévy-Bruhl y nunca a Lévi-Strauss. No apela además a los alemanes, excepto a los historiadores más clásicos (escogidísimos) de ese área; y sólo hay, además, un par de referencias italianas (incluye un libro de T. Gregory) y otro par de artículos españoles.

Ahora bien, no sólo estamos acostumbrados a las veleidades «nacionales» y a las comodidades lingüísticas (las pocas referencias extranjeras están en su mayoría vertidas al inglés). También es cierto que la producción inglesa y norteamericana es fundamental en este campo historiográfico, y que falta no sólo una traslación al castellano sistemática de ella sino incluso la mínima exigible. Pero no deja de serlo asimismo que, en un estudio donde se aborda la ciencia en Grecia, la ausencia de tantos libros en alemán, francés e italiano delata debilidades informativas no desdeñables; y otro tanto cabe decir, por ejemplo, sobre las fuentes españolas e italianas para la segunda parte.

Con todo, la aparición de *Los inicios de la ciencia occidental*, de carácter divulgativo pero de gran calidad, es una gratísima noticia. La obra traducida reproduce los seis mapas y las cien ilustraciones, bien escogidas, de la edición americana, lo que realza más su atractivo. La versión castella-

na de Antonio Beltrán (que se ha molestado en indicar los libros traducidos de su bibliografía) es cuidadosa y muy acorde con la claridad de su autor.

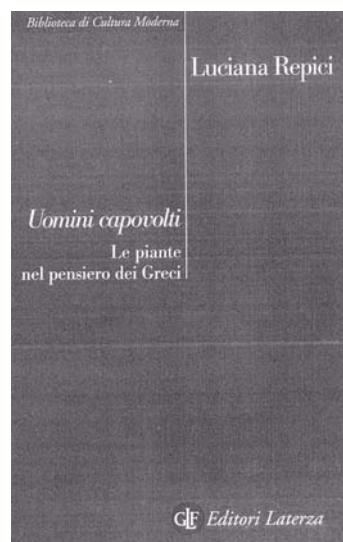
Mauricio Jalón

LUCIANA REPICI, *Uomini capovolti. Le piante nel pensiero dei Greci*, Roma-Bari, Laterza, 2000, 366 pp.

Nos encontramos ante una obra muy original y densa sobre el helenismo antiguo, a partir de una perspectiva insólita. Luciana Repici, profesora de Turín, viene trabajando sobre el campo de la historia y la filosofía de la vida en la Antigüedad desde hace treinta años; la intensidad de esta tarea viene atestiguada por libros como: *La logica di Teofrasto*, Bolonia, Il Mulino, 1977; *La natura e l'anima. Saggi su Stratone di Lampsaco*, Turín, 1988; *Aristóteles e la conoscenza*, Milán, LED, 1993 (editora, con G. Cambiano); su contribución «Física e cosmologia», a E. Beti (ed.), *Aristotele*, Roma-Bari, Laterza, 1997. Tales escritos —además de sus artículos sobre la obra de Teofrasto, los estoicos y la botánica, las relaciones entre medicina y filosofía—, son cimientos de este hermoso texto, lleno de observaciones maestras, que traslucen verdadera pasión y que resulta ser ya una referencia insoslayable.

De hecho, es una síntesis histórico-cultural que sólo podría llevarse a cabo tras una dilatada trayectoria. Repici puede hoy valorar muy distintas fuentes científicas y culturales, y hacer un balance importante sobre una parcela del saber: el panorama botánico antiguo y su proyección en el pensamiento. Sus antiguos antecedentes son las preguntas de sabios alemanes (Senn, Regenbogen o Düring) sobre Teofrasto y Aristóteles, pero su magnífica erudición y su capacidad para dosificar centenares de informaciones actuales —pues apela a un tropel de trabajos contemporáneos—, se unen con una notable calidad de escritura y una especial inteligencia para hacer una interpretación cultural que puede atraer al estudioso y al lector culto.

No en vano sus referencias modernas, (sin impedir que *Uomini capovolti*, confluya originalmente), son Vermant, Detienne, Sissa, Nussbaum, Lloyd o Vegetti, además de otros especialistas de ese campo. En general, según señala Repici, la voz *physis*, que suele traducirse por naturaleza, se acerca estrechamente a *phytón*, a todo lo que despunta y germina. El propio libro utiliza a fondo la metáfora, inventada por Aristóteles, de los árboles como «hombres cabeza abajo», lo que supone, a la vez, un cúmulo de preguntas científicas sobre la ausencia de movimiento y sentimientos de las plantas, así como una comparación con el hombre, o su misma idea de crecimiento, que apela a toda una antropología botánica. No olvidemos que el hombre, para Rabelais (siguiendo a Platón) sería un «árbol vuelto al revés», y esta otra formulación no sería una mera simetría, una inversión retórica de la anterior, sino un ejemplo de los cambios culturales en la modernidad.



Ahora bien, ese contraste entre Aristóteles (cap. I), que planea sobre todo el libro, y su maestro Platón (cap. IV, con sus plantas terrenales y celestes) evoca todo el conjunto de autores de la Antigüedad griega, que se inicia, con los cap. II y III, al remontarse en el tiempo con los presocráticos, los pitagóricos y, desde luego, los hipocráticos. Hesíodo, Anaxágoras, Empédocles, Demócrito (pero también Aristófanes) se ven reconocidos desde este ángulo botánico que tantos buenos frutos dan en las manos de Repici. Pero si un heredero de Hipócrates como fue Aristóteles hace de pórtico, Teofrasto supone el cierre de este recorrido clásico (cap. V). De modo que el libro se concentra finalmente en el gran discípulo peripatético, y de hecho sus páginas sobre la *Historia de las plantas* de Teofrasto ocupan la tercera parte del texto principal (las notas y complementos añaden cien páginas más, donde cita a un español, E. Lledó).

Las reflexiones aristotélicas tienen como contraste el mundo animal, y buscan la continuidad entre los seres, pero estableciendo un mayor corte con respecto a los otros reinos vivos que los presocráticos y sus inmediatos herederos: las plantas son criaturas dormidas, no se mueven más que de abajo a arriba (los demás seres vivos, en cambio, pueden desplazarse en otras direcciones), se nutren sin percepción, son estáticas como la tierra, pero sugieren las ideas fundamentales acerca de generación y crecimiento, así como de la futura asociación entre sequedad y muerte. En cambio, la contribución teofrastiana supone la busca ya de una ciencia específica, con sus discusiones sobre la vida larga o muy breve que ciertos vegetales exponen, sobre la posibilidad de que germinen siempre (y los mecanismos de generación según una guía vertical, acaso en paralelo con las ideas hipocráticas sobre el cerebro y la médula espinal de los humanos), sobre el calor posible de las plantas, sobre su animación singular; y asimismo sobre la contraposición entre lo espontáneo y lo artificial (el agricultor sería algo así como una especie de médico); sobre la duplicidad, tan reconocida, del fármaco vegetal; sobre su fuerza y su debilidad, propiedades que no se contraponen, sino que se refuerzan a veces (no en vano, además, Teofrasto es autor de los *Caracteres*).

Y finalmente, emparejando a este botánico otra vez con Aristóteles (*Meteorológicos*), la autora habla sobre las características notables de la nutrición vegetal, carente de residuos, evocadora de pureza y belleza: las plantas suponen una especie de transparencia material, cabría decir tras su lectura, dada su capacidad de transformación inmediata de la materia. En fin, Repici subraya que la primacía del color verde es clave de lo vegetal, por un lado, pero que la variedad cromática está no sólo en flores y frutos sino también en las expresiones de los cambios estacionales, por otro; si bien lo segundo no contradice que «los colores de las plantas tienen sólo un ‘principio’ único, el verde brillante». Pues este libro, que se adentra en el pensamiento botánico, y es una reflexión a partir de la vida vegetal según la analizaban los antiguos, nos viene a señalar que las plantas no son sólo signo de la diversidad (y por tanto de la clasificación, del despiece descriptor, del seco listado) sino «expresión por excelencia de la naturaleza en su capacidad para generar y hacer crecer», lo que supone un reto para el mundo de las ideas acerca de este problema esencial y a la vez una gran metáfora sobre el cosmos y los hombres; y tamaña metáfora, que se utiliza aún como poder aglutinador del individuo, —como *poética*—, también late hoy en nuestro modo de concebir la naturaleza y conceptualizarla.

Esas metáforas vegetales no sólo serían, por tanto, meros obstáculos epistemológicos (aunque podrían serlo antes de conocer algunos de los argumentos que Repici nos desvela), sino también formas expresivas que permiten completar nuestra lógica de las *cualidades sensibles*, nuestra lógica científica más cercana a los datos «antropológicos».

Mauricio Jalón

MONICA BARSÌ, *L'énigme de la chronique de Pierre Belon*, Milán, LED, 2001, 390 pp.

Esta destacable edición nos acerca de un modo original a la figura de Pierre Belon du Mans (1517-1565), dada la recuperación y contextualización de un texto suyo inédito, en verdad singular. Se trata de la *Crónica* de las guerras de religión que redactó, poco antes de ser asesinado, el gran zoólogo, botánico y humanista francés. La introducción y aparato crítico de Monica Barsi (pp. 9-72, 291-390), quien lleva trabajando en Milán sobre Belon desde 1994, son ejemplares. Y nos acercan renovadoramente a este médico práctico, dotado de tanta «curiosidad renacentista», que había sido analizado en los años veinte por P. Delaunay y, en los setenta, por J. Céard.

El documento —además de por su notable calidad literaria y su capacidad para iluminar sus zonas de interés—, es importante desde el punto de vista histórico, dado el papel singular que Belon, gran europeo y explorador de Oriente, tuvo como enviado de los reyes franceses; destacando además aquí su relativismo intelectual, aplicado en este caso a defender una posición militante contra los hugonotes. Pues Belon, educado en Wittenberg y en París, autor de una *Historia natural de peces marinos extraños* (1551), de la *Historia natural de las aves* (1555), donde introdujo nuevas clasificaciones, y de trabajos sobre plantas (1558), fue también el autor de *Les observations de plusieurs singularitez et choses memorables, trouvées en Grece, Asie, Judée, Egypte, Arabie et autres pays estrangers* (1553). Este último libro es resultado de las observaciones del aventurero Belon —uno de los primeros exploradores científicos—, gracias al cual se conocieron datos notables sobre los turcos, y sería el texto intermedio que conectaría su obra natural con ciertos pasajes de la *Crónica*.

En esta centuria suya del relato —y por ello, de la «antropología», de los naturalistas y exploradores—, renace la idea griega del *histor*, desarrollándose con fuerza un tipo de personaje, poderoso intelectualmente, que quería ser testigo de la naturaleza y de los hombres, para juzgarlos. La voz *historia* se entiende en el sentido de las historiae de Heródoto así como de la *Historia animalium* de Aristóteles, sin olvidar además, en el caso de este Belon, textos de Hipócrates, Teofrasto y Estrabón, los *Hechos y dichos memorables* de Valerio Máximo o la *Historia natural* de Plinio. Pero tampoco faltan referencias por su parte a los modernos, a Ficino, Agrippa y Postel, a los más importantes reformistas, a médicos como Chapuis, Nève, Cordus o, destacadamente, Cardano. En el conjunto de la obra de Belon, pues, aparecen mezcladas las «antigüedades» en su contraste con el presente, y no sólo en sus estudios sobre la naturaleza. De todos modos, parece revelador, visto retrospectivamente, que ese gran moderno fuese, al tiempo, un representante de posiciones religiosas bastante tradicionales (sin duda por su papel en la política francesa).

En su doble estatuto de espía y naturalista (o naturalista y espía, como también llega a decir Barsi), nos ofrece Belon una especie de panfleto a favor de las ideas centralizadoras haciendo uso de diversos ejemplos y analogías sociales, algo que no le resultaba difícil a un naturalista de tan vastas miras como él fue, y creador además de la anatomía comparada. Por supuesto que, sumándose a la ruptura espacial e ideológica quinientista, va deformando ya los códigos historiográficos y cosmográficos, así como utiliza comparaciones sistemáticas con los turcos (o los africanos o los judíos). Pero su visión es, ante todo, muy vivaz, y testimonia un momento de grandes agitaciones y

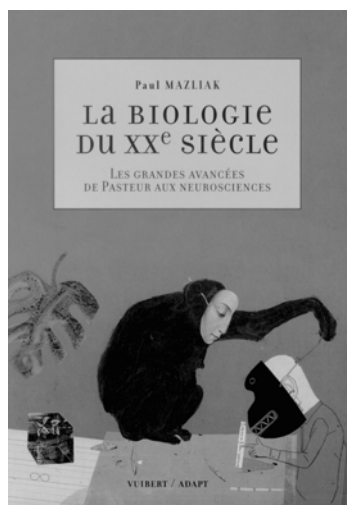


un uso del escepticismo histórico —una concepción cíclica del devenir— que le lleva a denunciar lo episódico, lo perecedero en el tiempo, del movimiento protestante.

Cabe añadir, por otro lado, que como sigue faltando fuera de nuestro país todavía un conocimiento amplio del valor de los descriptores españoles de su tiempo —a juzgar por las obras de síntesis extranjeras publicadas en los cinco últimos años—, la publicación en castellano de *Les observations d'un voyage en terre de Brésil* de Belon o de la extraordinaria *Histoire d'un voyage en terre de Brésil* de Jean de Léry (en este caso, un calvinista) sería imprescindible al menos para discutir a fondo esas notables contribuciones al saber, en general, que mezclaban experiencia humana e investigación natural en un momento de hondas mutaciones. De modo que el cotejo sistemático de los textos franceses (y de otros italianos y portugueses) con los escritos en castellano nos darían una perspectiva global —que tampoco suele lucir en España—, y facilitaría decisivamente, además, medir la proyección de tantos escritores peninsulares, castellanos o no, en la cultura internacional del siglo XVI.

Mauricio Jalón

PAUL MAZLIAK, *La biologie du XXe siècle. Les grandes avancées de Pasteur aux neurosciences*, Tournai, (Bélgica), Vuibert-Adapt, 2001, 352 pp.



Iniciado el siglo XXI es habitual considerar a la biología como el emblema científico de la centuria. Privilegiada posición que, sin duda, ya ocupaba algunas décadas antes, tanto en área cognitiva como en el campo del *merchandise* característico de la sociedad contemporánea: alimentación, cosmética, sanidad, urbanismo, política, son buenos ejemplos de cómo el hombre recurre cotidianamente al envoltorio biológico simbolizando la calidad, el bienestar, el ¿progreso? El libro de Paul Mazliak atiende a una historia de la biología menos prosaica, se ocupa de su desarrollo como ciencia del siglo XX, pero no es ajeno a la dimensión social que la disciplina tuvo durante la centuria. Su propuesta es divulgar a favor de la comunicación y en detrimento del contenido, componiendo una minimalista historia biológica conducida, con acierto, al consumo cultural. Para cumplir el objetivo se eligen tres vasos comunicantes: sanidad, bioquímica y antropología.

La refutación pasteuriana de la generación espontánea es el referente utilizado para introducimos en el contexto farmacológico que caracterizó la lucha contra la enfermedad durante el vigésimo siglo. Fleming, la penicilina, ejemplarizan las primera décadas de esta guerra intemporal que la humanidad sostiene contra los microbios. El resultado de la batalla es el descubrimiento de antisépticos naturales, como la lisocima, y otros antibióticos, como la estreptomycin, la actinomicina, las tetraciclinas, que inducen la aparición de la poderosa industria farmacéutica que hoy nos acuna. Las vitaminas son otro punto de inflexión sanitario. Su descubrimiento —la primera vitamina se aisló el año 1911, y la última, la B12, en 1955— dio a la nutrición un valor terapéutico

ignorado hasta entonces. Erradicar el beriberi y el raquitismo fueron prioridades en esta historia biomédica. Pero, desde la particular óptica biológica, el proceso morboso tuvo un escenario particular: el desarrollo de técnicas de laboratorio adecuadas para la investigación celular.

Frente a la enfermedad, la bioquímica ofrece un capítulo complementario e ideológicamente novedoso. Surgida a finales del siglo XIX, la química orgánica representa la unidad estructural de los seres vivos con la materia inerte, y la reformulación mecanicista de la vida a través de la fisiología. Los ciclos de la urea y de Krebs son dos ejemplos clásicos de las primeras etapas de la unidad bioquímica construida en la centuria del dosmil; identidad orgánica que se culmina con el descubrimiento de la macromolécula de ADN: el código informativo común. Inmersa en esta vorágine cognoscitiva, también la antropología física resulta novedosa. Habrá una nueva forma, mecanicista, de conocer al hombre, que Mazliak compone mediante la inmunología, la neurobiología y la endocrinología. De nuevo la lucha contra los microorganismos, ahora bajo un nuevo ángulo, estudiando el sistema inmunológico y potenciando la autodefensa mediante la sueroterapia, convertida en el mecanismo preventivo por excelencia. Por su parte, el sistema nervioso proclama la primacía del hombre sobre el resto de los mortales y abre la puerta a la inteligencia artificial; paralelamente, el sistema hormonal da un sentido moral a nuestro comportamiento reproductor: los anticonceptivos y los tratamientos de fertilidad asistida ponen la vida en manos del hombre. Para el futuro, sobre el tejado del siglo XXI, permanecen el SIDA, el cáncer, los retrovirus, los trasplantes de órganos, la manipulación embrionaria, y otros retos capaces de entronizar a la biología.

Paul Mazliak escribe una pedagógica historia biomédica del siglo XX de consumo generalizado, estructurada sobre la imagen de progreso y bienestar que representa la medicina para consuelo de la ciudadanía del llamado mundo civilizado. Una historia limitada, que nos habla de los aciertos inherentes al mundo feliz que los científicos añoran construir y dominar.

Andrés Galera



ANTONIO BORELLI, *Istituzioni scientifiche, medicina e società. Biografia di Domenico Cotugno* (1736-1822), Florencia, Leo S. Olschki, 2000, 270 pp.

Domenico Cotugno fue un prestigioso médico del setecientos, y es un referente obligado para conocer el curso de la ciencia napolitana en esta época. Cabalgó entre dos siglos, siendo protagonista de los cambios culturales acaecidos en Nápoles por la alternancia política —casa de Borbón, régimen napoleónico— que rigió los destinos del reino finalizando el siglo XVIII. En los años cincuenta cursa la carrera de medicina en la Universidad de Nápoles, y tuvo, entonces, como modelo intelectual a Celestino Galiani, Bartolome Intieri, y Antonio Genovesi, que lideraban la renovación del regio estudio. En 1754, todavía estudiante, ingresa como asistente en el napolitano hospital de los Incurables, y es aquí, en el campo de la investigación médica, donde halló merecida fama por sus estudios anatómicos.

LIBROS



Antonio Borelli ha escrito su biografía siguiendo un patrón cronológico. Comienza en los *años de formación*, sigue los pasos de sus *primeros descubrimientos* —etapa iniciada en 1761 con *De aquaeductibus auris humanae internae anatomicae disertatio*—, relata *el viaje por Italia* del año 65 —Roma, Bolonia, Padua, Venecia, Florencia—, retoma el hilo de su *carrera universitaria* y de las nuevas investigaciones que caracterizaron los años sucesivos —ganó la cátedra de anatomía en 1766, y en 1769 publicó *De sedibus variolarum*— y, finalizando el siglo, el *científico* es también un *cortesano* que habrá de soportar el decenio francés —fue rector y protomédico—, y el regreso del Borbón. Con el personaje emerge la historia institucional. La *Reale Accademia delle Scienze e Belle Lettere*, la Escuela médica de los *Incurabile*, la *Società dei Quaranta*, el *Istituto Nazionale*, el *Reale Istituto d'Incoraggiamento*, por ejemplo, se cruzaron en el camino científico de Domenico Cotugno; y es bajo la óptica de su participación como se manifiesta la historia. La institución representa la faceta organizativa que, junto al estudio y la práctica sanitaria, definen al sabio.

Sustentada en manuscritos y fuentes impresas, la biografía de Domenico Cotugno está llena de matices, inducidos de la relación entre ciencia y poder; del cambio ideológico correspondiente a la época; de la incertidumbre de la medicina y el debate metodológico derivado —genuino interrogante napolitano canalizado en la centuria precedente por Leonardo di Capua en su obra *Del Parere*—; y transcurre en un tiempo heredero de la reforma educativa enunciada por Genovesi, donde la medicina ya no es el rostro dominante de la naturaleza sino las ciencias naturales. Domenico Cirillo, Saverio Macri, Vincenzo Petagna, Giuseppe Saverio Poli, Filippo Cavolini, auxiliados por el microscopista Giovanni Maria della Torre, son algunos de los responsables del cambio, conformando una comunidad científica capacitada para definir sus propios intereses cognitivos dentro del marco de la ciencia europea.

En este contexto, el libro de Borelli une al análisis histórico el valor documental, incluyendo un apéndice compuesto por 36 manuscritos, pertenecientes al napolitano Archivo de Estado, relativos a la escuela de medicina fundada el año 1779 por Ferdinando IV, con sede en el hospital de los Incurables.

Andrés Galera

JOSÉ L. FRESQUET; M^a LUZ LÓPEZ, *Archivo Rodrigo Pertegás siglos XI-XIX*, Valencia, Universidad de Valencia-Fundación Marcelino Botín, 2001-2002, 4 CDs.

JOSÉ L. FRESQUET, *Juan Fragoso y los «Discursos de las cosas aromáticas...» (1572)*, Valencia, Universidad de Valencia-Fundación Marcelino Botín, Clásicos españoles de la Medicina y de la Ciencia, 2002.

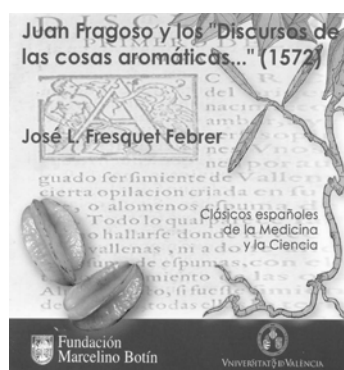
El trabajo que presentamos es un cualificado y reciente ejemplo de la encomiable labor de investigación y recuperación histórica que ocupa a los miembros del Instituto de Historia de la Cien-

LIBROS

cia y Documentación López Piñero (CSIC-Universidad de Valencia); personalizado en los investigadores M^a Luz López Terradas y José Luis Fresquet.

La primera entrega corresponde a la edición digital del archivo formado por José Rodrigo Pertegás (1854-1927). Contemporáneo de Luis Simarro y de Vicente Peset Cervera, por ejemplo, Pertegás fue un destacado miembro de la corriente historiografía valenciana, sobresaliendo su proyecto para la realización de un diccionario biobibliográfico de médicos valencianos que dejó inacabado. El material recopilado conforma hoy el Archivo Rodrigo Pertegás, conservado en la Biblioteca y Museo Historicomédicos de la Universidad de Valencia. El fondo contiene una heterogénea serie documental procedente de distintos archivos de la ciudad de Valencia, de donde Pertegás extractó, copió y recolectó cualquier noticia relativa a la medicina. El proyecto de digitalización prevé la edición de 7 CDs, de los cuales se han materializado los cuatro primeros, que reproducen documentos relativos a médicos valencianos desde el siglo XI al XIX. El objetivo es la catalogación, conservación y divulgación, de tan valioso patrimonio histórico-documental que incluye otras dos secciones, significativas por la información epidemiológica y la riqueza documental (manuscritos médicos del siglo XIX, incluidos los pertenecientes a Rodrigo Pertegás) albergada.

La colección de CDs es el resultado del convenio de colaboración suscrito por la Fundación Marcelino Botín y la Universidad de Valencia, para la Digitalización del Archivo Rodrigo Pertegás y de las obras manuscritas Biblioteca Médica Hispano-Lusitana y Biblioteca Quirúrgica Hispano-Lusitana, de León Sánchez Quintanar, y la publicación de clásicos científicos españoles.



En idéntico marco de cooperativo acontece la publicación digital del *Discursos de las cosas aromáticas, árboles y frutales y de otras muchas medicinas simples que se traen de la India Oriental, y sirven al uso de la medicina*, publicado por Juan Fragoso en 1572. La obra, del que fuera cirujano de Felipe II, forma parte del ideario farmacológico representado por la *Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales*, Monardes, 1574; el *Coloquios dos simples e drogas da India*, García de Horta, 1563; y la *Historia natural* redactada por Francisco Hernández resultado de su viaje por la Nueva España —sus manuscritos fueron utilizados por Nardo Antonio Recchi para redactar *De Materia Medica Novae Hispaniae*, publicado en 1628 y reeditado recientemente: R. Álvarez, F. Fernández (eds.), *De Materia Medica Novae Hispaniae*. El manuscrito de Recchi, Madrid, Doce Calles, 1998—. La filosofía es conocer las cualidades terapéuticas de las plantas americanas, aprovechar la farmacopea inherente al Nuevo Mundo para curar los males de la vieja Europa.

La edición digital del libro de Juan Fragoso destaca por varios aspectos: la accesibilidad y nuevas posibilidades de investigación que el formato permite, poniendo a nuestro alcance un clásico de la farmacología española imprescindible para el estudioso, que acercará al profano a una realidad sanitaria muy diferente de la que hoy percibe y disfruta, coincidente en utilizar el medicamento como fuente de salud y bienestar; el cuidadoso procesamiento de las imágenes, que, desde la virtua-

LIBROS

lidad, invade el contexto del libro impreso presentando la obra en contenido y forma; y el riguroso estudio introductorio, donde José Luis Fresquet sitúa al autor y la obra en el espacio y el tiempo correspondientes.

Andrés Galera